

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA
LA ARAUCANA

Edición de Luis Íñigo-Madrigal

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

LA ARAUCANA

Edición de Luis Íñigo–Madrigal



BIBLIOTECA CASTRO

FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO



Patronato

Presidente

JUAN MANUEL URGOITI

Vicepresidente

TOMÁS MARÍA TORRES CÁMARA

Vocales

SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

JULIÁN CALDERÓN TRUCO

Vocal-Secretaria

MARTA SÁNCHEZ SAIZ

BIBLIOTECA CASTRO

Dirección Editorial

SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

Dirección Académica

DARÍO VILLANUEVA (de la RAE)

Responsable de Edición

CECILIA FRÍAS

Queda prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de la presente obra sin autorización expresa y escrita de la Fundación José Antonio de Castro, titular del «copyright», extendiéndose la prohibición al tratamiento informatizado de su contenido y a la transmisión del mismo, en todo o en parte, y para cualquier fin o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado o por otros sistemas de reproducción de textos, fotografías o grabados.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

CEDRO: c/ Miguel Ángel, 23. 28010 – Madrid – Tel.: 91 308 63 30

© Imagen de cubierta e interior: *Retrato de Alonso de Ercilla y Zúñiga*, William Blake, 1800 (circa) © Manchester Art Gallery

© Introducción: Luis Íñigo-Madrigal

© Edición 2021: FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

Alcalá, 109 – Madrid 28009 – www.fundcastro.org

ISBN: 978-84-15255-71-0

DEPÓSITO LEGAL: M-21383-2021

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	ix
---------------------------	----

LA ARAUCANA

Licencia real.....	3
Prólogo del autor.....	5
Sonetos laudatorios.....	7
Retrato de Ercilla.....	13
Elogio de Cristóbal Mosquera de Figueroa.....	15
Dedicatoria al rey.....	27

PRIMERA PARTE

Canto I.....	31
Canto II.....	51
Canto III.....	75
Canto IIII.....	99
Canto V.....	125
Canto VI.....	139
Canto VII.....	155
Canto VIII.....	173
Canto IX.....	191
Canto X.....	219
Canto XI.....	235
Canto XII.....	257
Canto XIII.....	283

Canto XIII.....	299
Canto XV.....	313

SEGUNDA PARTE

Al letor.....	337
Canto XVI.....	339
Canto XVII.....	361
Canto XVIII.....	379
Canto XIX.....	399
Canto XX.....	415
Canto XXI.....	437
Canto XXII.....	453
Canto XXIII.....	469
Canto XXIII.....	493
Canto XXV.....	519
Canto XXVI.....	541
Canto XXVII.....	557
Canto XXVIII.....	575
Canto XXIX.....	595

TERCERA PARTE

Canto XXX.....	613
Canto XXXI.....	631
Canto XXXII.....	645
Canto XXXIII.....	669
Canto XXXIII.....	691
Canto XXXV.....	709
Canto XXXVI.....	723
Canto XXXVII.....	737

Declaración de algunas dudas que se pueden ofrecer en esta obra.....	757
---	-----

INTRODUCCIÓN

El padre del autor de *La Araucana*, Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533–1594), fue Fortún García de Ercilla, renombrado jurista y miembro del Real Consejo de Castilla que falleció en 1534, cuando el futuro poeta —el menor de sus hijos— acababa de cumplir un año. La familia quedó, con pocos medios de fortuna, a cargo de la madre, doña Leonor de Zúñiga. No hay datos fiables sobre la primera educación de Alonso, pero José Toribio Medina supone que al lado de su madre «aprendió las primeras letras y algo de latín, idioma que debió de enseñarle algún preceptor, probablemente el cura de su pueblo...». Tras ingresar, a los quince años, como paje al servicio del príncipe Felipe (1527–1598), que era desde 1543 regente de España y de Indias y que sería Felipe II a partir de 1556, aquella instrucción primera del joven Ercilla debe haberse incrementado, aunque no exageradamente. Como explica Antonio Domínguez Ortiz, «los pajes eran muchachos de buena familia, que servían la mesa, alumbraban con hachas y desempeñaban otros menesteres accesorios hasta que, llegados a edad competente, si querían seguir al servicio del señor, este les ceñía la espada, convirtiéndolos en gentileshombres o escuderos». Entre las granjerías de que gozaban los pajes se contaba un capellán que les enseñaba (cuando era menester) a leer y escribir, un maestro de esgrima, otro de baile y otro de música; también, un maestro de latín. Desde 1541 el maestro de pajes del príncipe Felipe era el eminente latinista Juan Cristóbal

Calvete de la Estrella, quien tuvo, entre los numerosos pajes del príncipe, dos discípulos que lograron nombradía literaria: Luis de Zapata y Alonso de Ercilla.

Pero las enseñanzas humanísticas que de Calvete de la Estrella recibió el autor de *La Araucana* no pueden haber sido demasiado extensas. Don Felipe emprendió, en octubre de 1548, un largo viaje con la intención de visitar a su padre, el emperador Carlos V, que se encontraba a la sazón en Flandes. El príncipe y su séquito (del cual formaban parte, con muchos otros, Calvete de la Estrella y diecinueve pajes, entre los que se contaba Ercilla) embarcaron en noviembre en Barcelona, con rumbo a Génova, para desde allí viajar a Bruselas (adonde llegaron a finales de mayo de 1550), parando en el camino en multitud de ciudades europeas. El príncipe regresó a España en julio de 1551 y, aunque no se pueda asegurar que Ercilla lo acompañara durante todo el itinerario, es indiscutible que la serie de festejos, ceremonias y compromisos palaciegos de ese largo recorrido (del cual Calvete de la Estrella escribió una famosa relación) no favorecieron las actividades pedagógicas. Sin embargo, el conocimiento de nuevas culturas, el intercambio con gentes de distintas procedencias e intereses, lo visto y oído, contribuyeron al desarrollo cultural del joven paje, que no dejaría de aprovecharlos en su obra. También, por cierto, su formación se nutriría, a lo largo de su vida, de la lectura de diversas obras clásicas (que probablemente leyera en traducciones) y de obras de su época.

A poco de su regreso a España, Ercilla volvió a viajar, esta vez acompañando a su madre, que formaba parte de la populosa corte del regente Maximiliano de Austria y su esposa María, hija mayor de Carlos V, en el regreso de estos de España a Viena, en 1552. Solo se sabe de la vuelta de Ercilla a la corte de Felipe en Valladolid en 1554, cuando el príncipe se aprestaba a partir a Inglaterra para casar allí, en segundas nupcias, con la reina María Tudor, la Católica (1553–1558). Don Felipe permaneció en la corte inglesa, en compañía de su segunda esposa, hasta finales de agosto o principios de septiembre de 1555 y en Inglaterra conoció las noticias de la sublevación (1553–1554) de Francisco

Hernández Girón en el Perú y la muerte en Chile, a manos de los araucanos (a finales del 53 o principios del 54), del gobernador Pedro de Valdivia.

El futuro monarca nombró nuevo gobernador de Chile a Jerónimo de Alderete, y virrey del Perú (para reemplazar a Antonio de Mendoza y Pacheco, 1490–1552, que solo había durado diez meses en el cargo) a don Andrés Hurtado de Mendoza, con especial encargo a este último de dirigirse prontamente a su destino, para poner coto a la insurrección de Girón. Tres pajes de la comitiva del príncipe solicitaron y obtuvieron de él la merced de acompañar al nuevo virrey a Indias, para combatir a los rebeldes. Uno de aquellos pajes, al servicio de don Felipe desde 1548, mozo de veintiún años recién cumplidos y que aún no ceñía espada, era don Alonso de Ercilla llamado a ser Inventor de Chile.

Se ha atribuido la súbita decisión de Ercilla a un desengaño amoroso que estaría en la raíz de una obrita poética (una de las muy pocas del autor, aparte de *La Araucana*), algunos de cuyos versos cita Lope de Vega en su elogio del poeta:

Don Alonso de Ercilla
tan ricas Indias en su ingenio tiene,
que desde Chile viene
a enriquecer las musas de Castilla,
pues del opuesto polo
trajo el oro en la frente, como Apolo;
porque después del grave Garcilaso
fue Colón de las Indias del Parnaso.
Y más cuando en el lírico instrumento
cantaba, en tiernos años, lastimado,
que ya mis desventuras han hallado
el término que tiene el sufrimiento.

Esos versos finales, que forman parte de una glosa publicada solo en el siglo XVIII (glosa sobre una cuarteta que reza «Amor me ha reducido a tanto estrecho / y puesto en tanto extremo un desengaño / que ya no puede el bien hacer provecho / ni el mal, aunque se esfuerce mayor daño»), quizás no sean, como dice Lope, producto de un corazón

lastimado. Pero, aunque el desengaño amoroso pudo ser meramente tópico, esos versos revelan un cierto trato del joven cortesano con las musas.

* * *

Si no desengañado del amor, sí bisoño en las artes militares, Ercilla emprendió viaje hacia las Indias en octubre de 1555. Hay una Real Cédula de esa fecha a los oficiales de la Casa de Contratación ordenando den licencia a don Alonso de Ercilla, con cuatro criados, para pasar a Perú y Chile.

Las naves que llevaban a Hurtado de Mendoza, a Alderete y a don Alonso, zarparon del puerto andaluz de Sanlúcar y fueron sorprendidas, días después, por un gran temporal. Algunas de las naos (entre ellas la de Alderete, en la que viajaba Ercilla) hubieron de volver a Cádiz, no haciéndose a la mar nuevamente sino en diciembre de ese año. No pararon allí las desventuras. Ya arribados al Nuevo Mundo, y después de atravesar el istmo de Panamá, Alderete enfermó gravemente, muriendo en la isla de Taboga en abril de 1556. Continuó viaje Ercilla, reuniéndose con el virrey Andrés Hurtado de Mendoza en el puerto peruano de Trujillo y siguiendo con él hasta Lima. En el entretanto la rebelión de Hernández Girón había sido dominada y el motivo primero del viaje de Ercilla a América dejado de existir. El virrey Hurtado de Mendoza nombró a su hijo, don García, gobernador de Chile (en enero de 1557), en sucesión del fallecido Alderete, y con don García partió Ercilla al reino austral. En febrero de 1557 salieron de Callao los navíos que conducían a don García y sus tropas, y con ellos, pasajero de la nave del nuevo gobernador, a don Alonso. El 23 de abril de ese año de 1557 desembarcaba Ercilla en el puerto de Coquimbo o La Serena; y dos meses después, junto a don García, continuaba su ruta (siempre por mar) hacia el escenario de las Guerras de Arauco, anclando los expedicionarios a la vista de la isla Quiriquina, a la cuadra de Penco, el 28 de junio, tras sufrir la violencia del mar del Sur, suceso con que termina la Primera Parte de *La Araucana* y que el poeta relata con gran intensidad:

La nao, del mar y viento contrastada,
andaba con la quilla descubierta:
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta.
Vino en esto de viento una grupada,
que abrió a la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fue casi rota.

Alzose un alarido entre la gente,
pensando haber del todo zozobrado;
miran al gran piloto atentamente,
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen «¡Zaborda!»; otros «¡Detente,
cierra el timón en banda!», y cuál, turbado,
buscaba escotillón, tabla o madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice «¡A la mar!»; otro, «¡Arribemos!»;
otro da grita «¡Amaina!»; otro replica
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»;
otro dice «¡Herramientas, pica, pica!,
¡Mástiles y obras muertas derribemos!».
Atónita, de acá y de allá, la gente
corre en montón confuso diligente (p. 333).

* * *

La primera de las tres partes de *La Araucana* narra hechos anteriores a la llegada de Ercilla al escenario de su poema. Esas tres partes se publicaron en un lapso de veinte años (1569, 1578, 1589), y su composición ocupó al poeta algo más de tres décadas (puesto que debe haber empezado a escribir en 1557 o 1558), lapso en que lo escrito experimentó, en diversos momentos, diversas modificaciones.

El poema está compuesto en octavas reales (estrofa favorita de la épica española del Siglo de Oro), esto es, en estrofas de ocho versos endecasílabos, con rima consonante ABABABCC, y acata, en el número de sus partes, la preceptiva